



Vincent Darré en su despacho, frente a una librería comprada en el parisino Mercado de las Pulgas. Ahí guarda sus catálogos y libros de arte. El papel pintado a la derecha es de su colección para Pierre Frey.

VD

El interiorista más extravagante del momento en París se llama VINCENT DARRÉ, se curtió en el mundo de la moda, le obsesiona el color y su agenda de contactos —Marisa Berenson, Bernard-Henri Lévy o Miuccia Prada— vale oro.

—Vis Molina. Fotos: Antoine Doyen. Realiza: Cristina G. Vivanco.

¿En qué otro lugar del mundo podría vivir y trabajar este dandy parisino, amante del dadaísmo, nacido en una familia de intelectuales que vivieron a fondo el mayo del 68 francés y acogieron en su casa a refugiados políticos españoles como Jorge Semprún, ministro de Cultura en España entre 1988 y 1991? Naturalmente, en Saint-Germain-des-Prés, el barrio donde escritores, filósofos, pintores o poetas vieron nacer el pensamiento existencialista y agotaron las madrugadas disertando en las terrazas de *brasseries* míticas como Lipp, Les Deux Magots o Café de Flore. A escasos metros de lugares tan esencialmente parisinos como La Sorbonne, los muelles del Sena o la Académie Française, está el estudio de interiorismo del decorador más extravagante y cotizado del momento, Vincent Darré, íntimo amigo de Kristin Scott Thomas e Inés Sastre, cuyo apartamento parisino remodeló por completo.

Un majestuoso paso de carruajes da entrada a este espacio rebosante de color y poblado de libros de arte, muebles inspirados en animales diseñados por él mismo y objetos comprados en el Mercado de las Pulgas, donde acude cada fin de semana con la intención de comprar una lámpara y vuelve con un juego de café de porcelana Meissen. Un recibidor en un desafiante rojo, una elegante cocina bicolor y unos salones recubiertos de *boiserie* en tonos marfil, típicamente parisina,

MARCA REGISTRADA

La mano artística

“Me gusta mucho dibujar y pintar a acuarela. Siempre tuve aptitudes para hacerlo, que luego perfeccioné durante mi formación en el Studio Berçot”, explica Vincent Darré. La silla en la que está sentado es el modelo *Conversation*, realizado por el propio Darré. La libélula de la derecha, en bronce, y la campana de cristal que la protege, son otros de sus tesoros comprados en el Mercado de las Pulgas.



“Trabajé 20 años en moda, en Prada, Blumarine, Fendi... codo con codo con mi amigo Karl Lagerfeld. Entonces era algo efervescente, lejos del negocio despersonalizado en que se ha convertido ahora. Necesitaba volver a ser naïf y me marché”



acogen sofás color mostaza y butacas azul *klein*. Y al fondo de esta casa divertida y festiva como su dueño, asoma un decadente jardín proustiano con sauces, magnolios y enormes macetas de terracota escondidas entre una vegetación casi selvática, salpicada de flores.

“Nadie diría que estamos en el centro de París”, afirmo. “Adoro la belleza”, responde. “Cuando encontré este piso me enamoré al instante y viví en él 15 años. Ahora me he mudado a dos pasos, pero aquí he dejado mi despacho, que sigue teniendo ese espíritu confortable de estancia que ha visto muchas cosas. Me gustan las casas vividas, con historia. Así era la de mis padres, un hogar abierto a los amigos en el que cada semana se celebraban cenas y tertulias políticas. Jorge Semprún fue como un miembro más de mi familia materna, porque mi abuelo lo acogió en su casa como refugiado político del régimen de Franco. Y luego se casó con mi tía Colette”.

¿Cómo surgió su vocación por el diseño?

Vi mucho cine siendo niño porque mi hermano era un gran cinéfilo. Los musicales de Vincente Minnelli y su explosión de color me impulsaron a ser diseñador de vestuario de cine y teatro. Me crié en una familia muy abierta y liberal (mi padre era el sociólogo Jean Pierre Darré y mi madre, Claude Leloup, era editora y una de las primeras feministas francesas) y ellos me animaron a desarrollar mi vena artística, así que estudié Artes Decorativas y luego me formé en diseño de moda. Recuerdo que coincidió con la apertura de The Palace, la discoteca que se abrió en París como réplica al neoyorkino Studio 54, y allí te encontrabas a Jean Paul Gaultier, Karl Lagerfeld, Grace Jones, Kenzo, Azzedine Alaïa... ¡Qué época!

¿Y 20 años en el sector de la moda le sirvieron para decidir que lo suyo era el interiorismo?

Empecé mi carrera en Prada, luego seguí en Blumarine, después en Fendi, donde pasé seis años codo con codo con mi gran amigo Karl Lagerfeld, después fui director artístico de Moschino, luego estuve en Ungaro y en Montana. Entonces la moda era algo efervescente, lejos del negocio despersonalizado en el que se ha convertido ahora. Antes había una energía increíble, sobre todo en Italia, donde he trabajado 20 años y donde las grandes marcas (Prada, Fendi, Etro, Ferragamo, Max Mara o Valentino) siguen estando en manos de las familias fundadoras. Eso hace que los negocios sean muy personales. Pero, hace 15 años, me di cuenta de que había perdido ese punto de ingenuidad y necesitaba nuevos retos, así que regresé a París para crear mi marca de interiorismo. Necesitaba empezar de cero, volver a ser naif.

Al llegar a Italia vivió en casa de Miuccia Prada. ¿Cómo es ella?

Eran los primeros años de la firma y Miuccia era tan ingenua como yo. Es una mujer muy serena y con grandes inquietudes intelectuales. Dibuja muy mal, pero sabe lo que quiere y en todas las colecciones aparecen sus obsesiones: la estética college, el *look* ama de llaves mezclada con lady *chic*, los dibujos geométricos que combinan entre sí... Su marido, Patrizio Bertelli, es un torbellino: apasionado, genial, impulsivo, visionario... Forman una pareja muy equilibrada.

Además de la recreación de las estancias del hotel Ritz de París, la remodelación del *showroom* de Elsa Schiaparelli también en la ciudad ha sido una de sus obras de interiorismo más celebradas.

Diego della Valle, propietario de la casa Schiaparelli, me la encargó después de haber visto mi mueble-langosta. Pensó que esa conexión surrealista era perfecta para reinterpretar





Su singular arte de la mesa

Arriba, mesa dispuesta por Vincent con mantel, servilletas y complementos diseñados por él para Monoprix. Abajo, detalle de acuarelas suyas junto a individual de su colección para Monoprix y cubertería del Mercado de las Pulgas. En la otra página, arriba, lámpara Chenille y sujetavelas con forma de pez y pájaro de Vincent Darré (colección Renaissance). Abajo, mesa Centauro, alfombra Puzzle Nuageux y cuadro Metropolis, todo de Vincent Darré; jarrones de Vincent Darré para OKA, y sillas y consola del Mercado de las Pulgas.



el universo de Elsa Schiaparelli. Conocí muy de cerca su mundo porque fui muy amigo de su hija Gogo, marquesa de Cacciapuoti y madre de Marisa Berenson. Gogo era todo un personaje, y tenía una voz chillona inconfundible (Darré la imita transformando su voz en un chillido). Vivía en una casa inmensa en la Avenue Foch, y los domingos daba unos almuerzos que se hicieron famosos. Podías encontrarte a Luchino Visconti, Bianca Jagger o Diana Vreeland. En el recibidor había dos esculturas imponentes, talladas en madera, a las que llamaba Madame y Monsieur Setant. Si querías volver el domingo siguiente tenías que dejar una moneda en la bandeja que sostenía Monsieur Setant, y saludar ceremoniosamente a Madame Setant, que lucía grandes joyas y tenía unos ojos de cristal muy inquietantes. Gogo te recibía enfundada en un kimono y con unas deportivas fosforescentes.

¿Cuáles son las señas de identidad de su interiorismo?

Cuando empecé, se llevaban los espacios muy desnudos, con una mesa de Jean Prouvé y poco más. Me parecía muy deprimente. A mí me tachaban de extravagante y algo loco, pero yo matizaría diciendo que mi estilo es onírico y dadaísta, porque me gusta ese punto inexplicable que tienen los sueños y que el movimiento Dadá recogió tan bien. En mi imaginario tienen mucha importancia los animales, y los recreo en muebles, lámparas, complementos... Además pongo mucho color, porque es el mejor antidepresivo que existe. El color es vida y alegría, y tiene una vinculación muy íntima con nuestro estado emocional. Descubrí la explosión colorista de niño, en los musicales, como he dicho, de Vincente Minnelli, y luego en el colorido de Yves Saint Laurent y cómo lo combinaba. Nadie antes había mezclado marrón con turquesa o con coral.

Se codea con artistas, aristócratas, escritores... ¿Cuál es la casa más fascinante que ha visitado?

La que tienen en Marrakech mis amigos Bernard-Henri Lévy y su mujer, Arielle Dombasle, que es cantante y actriz y fue la musa de Eric Rohmer. Se trata del Palacio Zahia, una construcción del siglo XVIII que John Paul Getty jr. le regaló a su segunda mujer, Talitha Pol, como regalo de bodas. Le encargaron la remodelación a Bill Willis, el gran interiorista de Marrakech, que hizo una obra magnífica. Entre otras cosas recuperó la técnica del *tadelakt* que se usaba tradicionalmente en los *hammams* y la aplicó a las paredes con colores vibrantes como el berenjena, turquesa, carmesí o esmeralda. Luego el palacio

“En las cenas jamás uso luz eléctrica, sólo velas. Dan una luz muy bonita sobre la piel y todo el mundo se ve más favorecido. Eso desinhibe y crea buen ambiente. Tampoco decoro con centros de flores, sólo con hiedra esparcida por el mantel”

pasó a manos de Alain Delon y Mireille Darc y hace 15 años lo compró Bernard-Henri Lévy y llamó de nuevo a Bill Willis para hacer algunos cambios. El resultado es espectacular. Es una casa situada junto a un palmeral, con unos fabulosos jardines suspendidos y decorada con muy buen gusto, como si fuera una escenografía. Siempre está llena de gente, puedes coincidir con Mick Jagger, Marisa Berenson o Sofia Coppola. Yo paso allí las Nocheviejas, porque dan una fiesta preciosa en los jardines y Arielle y yo hacemos un espectáculo de cante y baile muy divertido. Descubrí Marrakech con Pierre Bergé e Yves Saint Laurent. Ellos también tenían una casa increíble que les hizo Bill Willis y luego remodeló Jacques Grange.

¿Quién es su referencia en el mundo de la decoración?

Soy un gran admirador de la diseñadora Andrée Putman, una mujer muy innovadora y generosa con los colegas de profesión. A mí siempre me ayudó. También me gusta mucho la obra del arquitecto y escenógrafo norteamericano ya fallecido Tony Duquette. Su casa en Beverly Hills puede visitarse y es delirante y barroca, como un monumento kitsch. Yo descubrí a Duquette en Venecia, porque la familia Brandolini le alquiló una de las plantas de su palacio, decorado por Mongiardino, a una millonaria excéntrica llamada Dodie Rosekrans, que contrató a Duquette para redecorarla. Luego me enteré que Duquette era el escenógrafo de los musicales de Minnelli que tanto me gustaban de niño.

Sus cenas en París son famosas. ¿Cómo las organiza?

Lo más valioso de mi vida son mis amigos, y me encanta recibirlos en casa. Lo más importante para una cena de éxito es que los invitados provengan de mundos muy diversos: artistas, escritores, cineastas, gente de la moda, fotógrafos, interioristas... Hago un buffet o pongo una mesa bonita con manteles antiguos, en colores vivos, y suelo mezclar vajillas y cristalerías que compro en el Mercado de las Pulgas. Jamás decoro con centros de flores, sólo con mucha hiedra esparcida por el mantel. Es una idea que copié de la anticuaria Madeleine Castaing, a la que conocí en sus últimos años de vida. Y jamás uso luz eléctrica, sólo velas. Dan una luz muy bonita sobre la piel y todo el mundo se ve favorecido. Eso desinhibe.

¿Qué proyecto tiene ahora entre manos?

Acabo de lanzar una colección con ropa de casa y complementos para Monoprix. Sigo con mis colecciones de muebles, alfombras, papeles pintados y objetos decorativos y estoy acabando varias casas particulares en Suiza y París, donde también he decorado hoteles como Le Montana o el Prince de Galles, los clubs Le Serpent à Plume o el *showroom* de Elie Top.

¿Dónde le gusta perderse por su ciudad?

Los museos me resultan muy inspiradores, no me pierdo ni una sola exposición. Y en cuanto a restaurantes voy a La Laiterie (64, rue de Bellechasse), donde me encuentro casi a diario con India Mahdavi. También Le Petit Varenne (57, rue de Bellechasse); La Belle Époque (36, rue des Petits Champs), con muy buen ambiente y Loulou (107, rue de Rivoli), que tiene un precioso jardín, y La Méditerranée (2, place Odeon), un lugar mítico, donde siempre se reunía Cocteau con sus amigos y donde íbamos mucho con Pierre Bergé e Yves Saint Laurent. **■**

Como un dandy

“Cuando estás bajo de tono hay que arreglarse todavía más que de costumbre, eso levanta el ánimo.

Yo me hago la ropa en mi sastre de toda la vida, Maison Gabriel (26, rue du Mont Thabor) y también me visto en Dries Van Notten. Adoro el terciopelo para las americanas y siempre voy con pantalones blancos, aunque sea invierno. Me da la sensación de que así empiezo el día muy limpio. Me gustan los calcetines divertidos y fantásticos, que combino con la corbata”. El papel pintado que se ve detrás es de Vincent Darré para Pierre Frey.

